

COLABORACIÓN FEMENINA

El eterno Cuento

Era un día espléndido de Mayo. Pero más espléndida que el día estaba Mercedes con su traje nupcial, rodeada de todas sus amigas que en voz alta expresaban su admiración.

—Chica, estás preciosa

—Lindísima...

—Bien contento puede estar Enrique llevándose la mujer más bonita de Cadiz.

(Otra dando un suspiro) ¡Y que suerte la tuya, un hombre que te adora y millonario!

—Bueno, vamos a vestirnos que se hace tarde para el banquete.

Y todo el alegre grupo se disolvió, quedando sola la novia breves instantes.

En la linda faz de la muchacha se retrató un gesto de angustia y desesperación, y cayendo a los pies de una preciosa imagen de María Inmaculada, que parecía mirarla amorosa, repetía con intenso dolor: «feliz, sí; muy feliz: eso cree el mundo y tú sola sabes que yo no lo amo, pero ¿cómo consentir la ruina de mi casa y el deshonor de nuestro nombre? No había más remedio y hay que sacrificarse. ¡Ten piedad de mí!»

—Adios, Mercedes.

—¿Te marchas?

—Sí. Adios.

Ella se removió con aire mal humorado entre los cojinetes de su «chaise-longe» y arrojó a la alfombra con desdén el libro que momentos antes tenía en la mano. Si—murmuro—yo no dudo que me querrá mucho, pero... es tan frío... por más que ¿qué me importa él ni nadie? El mundo me cree feliz, y entre tanta grandeza soy más desgraciada que un mendigón.

—Nada Mercedes, hay que animarse, pasear en fin, hacer por recobrar esas fuerzas, por que tú no tienes lesión ninguna. Adios y a ver si encontramos medio de levantar ese espíritu. Adios, Enrique.

—Le acompaño, doctor.

Una vez fuera de la estancia, Enrique suplicó impaciente:

—¡Dígame por Dios lo que tiene Mercedes! Estoy preocupadísimo.

—Mira, Enrique; yo que te conozco desde niño to voy a hablar con toda franqueza; tu mujer no tiene absolutamente nada en el cuerpo: su enfermedad es en el espíritu; dime con franqueza: ¿hay entre vosotros algún disgusto o preocupación? ¿algo que pueda tenerla así?

Enrique densamente pálido, murmuró—Lo que yo me temía y que V. viene a confirmarme. ¡no me quiere, doctor!

El doctor se quedó perplejo unos instantes, y despues sonriendo y dándole unos afectuosos golpecitos en el hombro contestó:—Entonces la curación no se hará esperar; sigue el consejo que te dá un anciano; muchos mimos y nada de frialdades. Conque adios que otra clase de enfermos me necesita.

—Anda Mercedes, apoyate en mi brazo, que estás debil. ¿Quieres mejor que nos sentemos en esa piedra? ¡Que hermoso es el campo! ¡Que bien te prueban estos aires tan puros! ¡Eres otra desde que vinimos!

—Tu sí que eres otro—murmuró muy bajito. Y entre ambos se cruzó una elocuente mirada

—¡Que hermoso es! Se parece todo a tí.

Y él, cuya mirada no se separaba del precioso bebé que echado en su cunita azul, toda cubierta de cascabeles, parecía sonreírles, exclamó:

—No, Mercedes, a quien se parece es a tí; tan rubio, tan blanco, con los ojos tan negros...

—No, fijate bien; los ojos son como los tuyos; desearía que fuera en todo como tú; tan noble, tan generoso y tan bueno.

—¡Tu sí que es buena!—murmuró él, estrechando entre las suyas, las manos de su mujer.

¡En la habitación aleteó triunfante el AMOR!

CAMELIA